

Muerto clase turista

(Leonardo y el muerto clase turista)

Monólogo Canibal 4

de

©Gustavo Ott, ©2022

ADVERTENCIA: Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especialmente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma: d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, improvisaciones, cortes, agregados de palabras, modificaciones de escenas o de personajes, etc., forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor (www.gustavott.com) o a su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS
LOS DERECHOS RESERVADOS
Register of Copyright,
Library of Congress, ©2022
Sociedad General de Autores de España-
SGAE 64.171 Gustavo Ott. Socio: 64.171
Dept. Dramáticos c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (34-91) 3499550
Web: <http://www.sgae.es>
gustavott@yahoo.com
OCT V5r L

EN ESTADOS UNIDOS:
Susan Gurman Agency LLC
14 Penn Plaza, Suite 1703,
New York,
NY 10122-1701
Tel: 212 749 4618 Fax: 212
864 5055
www.gurmanagency.com
gustavott@yahoo.com

«Crecí escondiéndome de los otros niños.
me oculté detrás de libros,
casi siempre dentro de una enciclopedia.
Quizás por eso, lo primero que hice esta mañana,
fue asomarme por la ventana del dormitorio,
y ver los árboles sólidos, y las nubes grises y bajas,
y pronuncié en voz alta la palabra gasterópodo,
y sin tener idea de lo que significaba
bajé a consultarlo con el diccionario
y luego me oculté en el bosque».

Billy Collins

Trozos de «Maniobras evasivas» / Balística.

Personaje:

LEONARDO, hombre de 49 años.

Mientras escribía esta obra utilicé dos piezas que me sirvieron como acompañantes y que agregué en algunos momentos tanto de tensión como nobles. Se trata de los conciertos para clarinete (K622) y para piano y orquesta (K466), ambos de Mozart. Sin embargo, entiendo muy bien que la música que sirve para escribir no siempre funciona en la puesta en escena. G. Ott

I. Llegando

(Música tema. En escena, un bolso o maletín de viaje. Leonardo, a un lado)

LEONARDO: Llegar a tu país y que no puedas pensar en otra cosa que no sea el pasajero muerto que va en clase turista.

(SALE MÚSICA. IMAGEN Y RUIDO DE AVIÓN)

Con el difunto a bordo, los pasajeros nerviosos, y las azafatas tranquilizándonos a todos, no pude disfrutar de lo que más me gusta de ese viaje: ver, desde el cielo, los vehículos, calles y edificios diminutos que, desde mi asiento de primera clase, se parecen a los de cualquier ciudad del mundo.

Eso: mi país como si fuera uno común y corriente. ¡Vaya delirio!

El vuelo duró unas ocho horas pero yo lo sentí como de cuarenta y nueve minutos. O cincuenta años, si tomamos en cuenta ese 22 de abril tan mío que también anda por ahí cerca, agigantándose cada minuto que pasa como los edificios durante el aterrizaje.

(ANUNCIO DE CABINA SOBRE PASAJEROS QUE VAN A DORMIR)

Duelmo durante todo el viaje gracias a dos pastillas amarillentas de Rivotril 2mg y así el viaje no me de espavientos sea por turbulencia, apagón o niños gritones.

Aunque con muerto todo cambia.

La rutina Rivotril la decidí hace un par de años cuando el avión perdió altura más de lo normal. Fue llegando al caribe, en una zona conocida como *el escalón*. Por ahí el avión presenta un movimiento fuerte, como si diera con un hueco, con una roca en el cielo o como si hubiera arrollado a una lapa, una tortuga, algún animal de esos que andan caminando sin rumbo por los aires. En fin, que la sensación es como si el avión se enredara en un escalón.

Así decidí que ya estaba bueno de sustos y desde entonces los viajes me los paso muy dormido Rivotril.

Pero con el muerto a bordo no hubo pastilla que sirviera.

Si bien el fallecido iba en clase turista, muy, muy lejos de mí, la presión la sentí como si hubiera ido en el asiento de atrás.

Parece que murió luego de que sirvieran la comida.

¿Veneno? ¿Puñal? ¿Causas naturales?

Como sea, el caso es que ya no se vuela como se volaba antes.

Yo iba durmiendo hasta que me despertaron los gritos, los llamados a la calma, y el consabido «si hay un médico en el avión, favor informarlo a la sobrecargo».

Pensé en tomar más pastillas pero me entró cobardía. ¿Y si el muerto también se había atragantado de Rivotril y mira lo que le pasó?

A mí me gustan las pastillas para dormir pero reconozco que las tomo con dudas. Es que uno nunca está seguro si estas pastillas para dormir sirven también para no despertar nunca.

Con lo sucedido, y las preguntas que nos haría la policía, supe que llegaría tarde a casa. Saqué la cuenta: al menos cuatro horas tarde, si todo sale bien.

Un muerto es un muerto y tendrán que tomar los datos de los pasajeros.

¿Y si la cosa es sospechosa? ¿Si sucede que fue asesinado? ¡Entonces podríamos pasar entre cinco y seis horas en el aeropuerto! ¡Qué lata!

(SALEN IMAGEN Y RUIDO DE AVIÓN. ALEGRE)

¡La verdad es que esta situación habría sido fantástica cuando estaba casado con Teresa! ¡Un muerto pudo ser muy conveniente en aquel vuelo desde Roma cuando estalló todo y nos dijimos las cosas que nos dijimos! Porque aunque ella me hubiera esperado despierta, yo habría tenido una excusa memorable, increíble, pero certificable:

«He llegado tarde porque alguien se murió durante el vuelo, cariño».

¡Vaya justificación! Tan buena, que ni había que explicarla.

«¡Un muerto en el vuelo! Por supuesto que hubo interrogatorios, policías, pasamos toda la noche y hasta la mañana detenidos mientras se aclaraban los hechos. Debe salir en las noticias. Seguro que lo ponen en la tele».

(ENCANTADO) ¡De todas las excusas que le inventé a Teresa, ésta del fallecido clase turista habría sido, por mucho, la mejor! ¡Vaya desperdicio para un

tipo como yo, que ahora estoy separado, más bien divorciado, y que ya no necesito engañar a nadie!

Pero antes.. ¡qué falta me hizo una historia así! Habría podido pasar toda la noche en el hotel del aeropuerto, como tantas veces lo hice con Susana o con Cinthya. Y a pesar de las sospechas de Teresa, ¡hasta compasión hubiera sentido mi esposa por mí!

En fin, que los muertos son ideales para las *aventuras amantes*.

Porque si yo hubiera tenido una coartada como esa luego del viaje a Roma con Susana, a lo mejor Teresa no hubiera descubierto mi amorío. Tal vez todavía nos hablaríamos y ella no me habría mirado con aquellos ojos de odio para luego decirme que lo entendía, que no me iba a juzgar, pero que quería el divorcio.

(COMO TERESA) «El más caro que podemos tener»,

Me dijo con ese tono de amenaza que yo no estoy acostumbrado a aguantar. Divorcio, vaya palabrita.

¿Pensé yo, cuando terminaba la carrera de Letras en la Universidad, que a mis casi 50 años tendría tres divorcios encima? ¿Acaso por eso estudié literatura, como premonición de lo que sucedería con mi vida doméstica, mis amores y en particular, el Poder? La verdad es que las letras no me han servido para nada en la vida.

Si bien a las pobres tampoco se les puede culpar de todo lo sucedido.

Por ejemplo, las letras no pueden ser responsables del desdichado que iba tieso en la clase turista.

Aunque, ¿quién puede asegurarlo? Las letras, se sabe, son judas.

Lo cierto es que un día me dejé de literatura, me dediqué a los negocios y mira hasta dónde he llegado. ¡Si me vieran mis compañeros de aquella época, esos que hoy son empleados de sueldo mínimo, profesores aterrados con cuentas bancarias por el suelo! Me envidiarían, claro que sí. Por lo menos suspirarían por mis mujeres y hasta mis divorcios que, vistos así, luego de viajar en primera clase y con un muerto en el avión, se parecen mucho a las letras.

Una vez oí en una obra de teatro un poema de Billy Collins que memoricé rápido, acaso porque no pasaba de cinco versos:

*«Divorcio
Antes, dos cucharillas en la cama
Ahora, tenedores manchados
A lo largo de la mesa de granito
los cuchillos que los representan».*

¡Abogados como cuchillos! ¡Ese sí que es un poema de primera clase!

Tarde me di cuenta que más “cuchillo” era el abogado de Teresa, porque el mío, con todo y lo caro que me salió, parecía más bien paleta de plástico o una de esas dagas pequeñitas para raspar mantequilla.

(RUIDO ATERRIZAJE. AMBIENTE AEROPUERTO)

El aterrizaje fue rápido y lo demás sucedió como estaba previsto. Sacaron a los pasajeros y la policía nos interrogó uno a uno.

Algunos pudimos ver cuando retiraron el cadáver.

Ahí me enteré de más cosas: al fallecido lo encontró una sobrecarga luego de llamarle la atención por tener el asiento reclinado cuando iban a servir la cena. La aeromoza pensó que el hombre estaba dormido, le dio un pequeño toque en el hombro y el cuerpo se fue a un lado como si fuera un tablón de madera.

No tuvieron más alternativa que dejar al muerto ladeado en los dos asientos por el resto del viaje y rezar para que no se muriera nadie más. En el asiento contiguo iba otro hombre solo, también de negocios, que no dejó de llorar y contarle la historia a todos los pasajeros durante el vuelo.

(COMO PASAJERO) «La verdad es que el muerto se estuvo quieto desde que despegamos, casi no molestó»

(OYE A ALGUIEN)

Sí, claro, yo también soy un hombre de negocios, pero viajaba en primera clase y vestía de marca mientras que aquellos dos, el testigo presencial y el muerto, eran tipos de negocios bajos, de negocitos, quizás estudiantes de letras y filosofía que habían vivido el desencanto y comenzaban a entender el juego de la vida.

Lo digo sin desprecio porque fui uno de ellos.

(MÚSICA INCIDENTAL. FOTOS DE LEONARDO SEGÚN CUENTA)

Sí, hubo una época que la pasé muy enamorado de la literatura, a la que terminé llamando: (COMO SACERDOTE) «*La pasión inservible, la furia relegada, la exaltación inútil*».

Cuando abandoné las letras pasé un tiempo lúgubre, como quien se desintoxica.

Más tarde encontré un empleo de ventas y la oportunidad de viajar al exterior, en clase turista, y muriéndome tantas veces como pude luego de negocios desabridos. Negocios que en aquella época me daban ganancias que apenas alcanzaban para comprarle un pequeño regalo a mi primera esposa, Fernanda, o un peluche baratón a mi hija Mariana, que por aquel entonces tendría cuatro añitos.

Luego ya no viajaba tan rebajado.

Y desde que comencé con mi negocio actual, si no voy en mi avión privado, entonces es primera clase.

Y me ha ido tan requetebién que en un momento llegué a mantener dos amantes y tres hogares legales: uno en el este de la ciudad, uno en el oeste, y otro en Roma. ¿Cómo fue que pude con todo eso? ¿Cómo logré que no me descubrieran por tanto tiempo?

(SALE MÚSICA. IMAGEN Y SONIDOS DE AEROPUERTO)

A los que pagamos el pasaje más caro nos tocó el primer turno de los interrogatorios con la policía. La oficial lucía cansada. Era evidente que la llamaron rápido, que tenía que improvisar, y que nunca había hecho algo así.

(COMO POLICÍA) «¿Observó usted algo? ¿Habló con el occiso? ¿Recuerda si lo vio ir al baño? ¿Sabe algo que nos pueda interesar?»

Yo respondí lo que se dice en estos casos, con maniobras evasivas:

«No sé nada, no vi nada, no me di cuenta»..

(SALE IMAGEN)

Por lo menos es lo que digo yo. Fue lo que dije cuando me descubrieron los hogares, amoríos y aventuras. Lo mismo que digo cuando me preguntan qué

hago para ganar tanto dinero. Y también lo que respondo a mis amigos cuando cuestionan si no sale muy caro eso de mantener tres hogares y a tanta gente en tantos sitios distintos. Que la pregunta no se refiere al dinero, claro que no, ellos saben que a mí eso me sobra, sino por el alto costo que la mentira tiene.

Sí, mis tres hogares.

(IMAGEN DE MANSIÓN)

Uno, mi cotidiano con Teresa. El histórico de clase alta altísima, con mi *mansión catedral*. Sin niños pero con tres perros y dos guacamayas. Con mi Mercedes Benz Sedan S65, mis clubes de playa, y mi jet *Sabreliner* para ocho personas.

(IMAGEN CASA EN EL EXTERIOR)

El otro, con Susana en Roma. Mi *santuario de retiro*, espiritual y sexual. Conveniente, ascético y escéptico. Donde voy y me largo, con pocas preguntas, de lado y lado.

(IMAGEN APARTAMENTO)

Y el tercero, mi *capilla del oeste*. Mi hogar clase media con apartamento de dos cuartos al que apenas he ido seis veces en los últimos catorce años. Con Fernanda y Mariana, una hija adolescente que escribe poemas y hace teatro. Cada día está más bella, muy parecida a mí.

Se le notan los genes.

Y sí, por esa situación, mis amigos me tiene como un monstruo.

Bueno, quizás sí sea un monstruo, pero no soy un monstruo malo.

¡Más *monstrua* fue Teresa que me pidió el divorcio de inmediato al descubrir mi amorío romano con Susana! ¡Pero un año antes no dijo nada cuando se enteró de mi nido con Fernanda!

En cambio, lo de Susana no lo dejó pasar. Teresa no soportó *el affaire* internacional, acaso porque la rival era joven, eso sí, mucho más joven que ella.

Para ese momento nadie sospechaba nada. Ni siquiera cuando hogares y amantes comenzaron a mezclarse. Porque mientras más viajaba, mi vida sentimental se complicaba más, al punto de perder el control.

Se me desorganizaban las historias, nombrando regalos de una a la otra; viajes con la amante a la esposa; y libros que compraba de a dos para no perderme. Confundía los cumpleaños de la niña con los de la romana; los aniversarios y hasta los recuerdos:

«Que sí, Fernanda, te conté esta historia la semana pasada».

«Teresa, ¿no recuerdas cuando fuimos a Paris?»

«¿Qué hiciste, Marianita, con el regalo que te traje de Chile?»

«¿Cintha, leíste el libro que te compré en México?»

(IMAGEN Y SONIDO DE AEROPUERTO. TOMA SU BOLSO)

La mujer policía revisó el pasaporte, mi identidad y la cantidad de veces que paso por ahí.

(COMO POLICÍA) «Señor Cabrera, ¿por qué usted viaja tanto?»

«Negocios. Exportación. Importación».

(COMO POLICÍA) «Y esta vez: ¿trae o recibe?»

«Traigo. Transporte mercancía para el gobierno»

La policía oyó *gobierno*, cerró el pasaporte, y me dejó pasar. No pude dejar de pensar en que, si lo hubiera querido, la podría haber invitado a salir y seguro, segurísimo, que esa mujer policía habría pasado la noche conmigo.

Son cosas que me digo como si hubiera un público que oye todo lo que pienso y ve todo lo que hago. Un público que además me aplaude sin vergüenza y se asombra con mis cosas.

Porque de tanto viajar solo, he terminado por hablarme a mí mismo y hasta caerme bien. Soy el tipo con el que mejor me siento. El único con el que quiero entenderme y que sabe lo que hay que saber. La verdad es que es un gusto viajar conmigo, sí señor.

Con todo, lo del muerto clase turista, lo sentí como un acontecimiento en mi vida. Un momento de desgaste pero, también, una de esas cosas que nos recuerdan que estamos viviendo mientras hay otros que no.

Muchos, muchos que no. ¡Vaya suerte la mía!

(DE NUEVO TOMA SU BOLSO, CAMINA, SALUDA A ALGUIEN)

En la salida VIP del aeropuerto me esperaba mi chofer, Ignacio, con mi Mercedes Benz. Camino a casa miré el reloj y comprobé, sorprendidísimo, que la demora por el muerto no había durado más de una hora. Quizás es rutina. Tal vez la gente se muere en los aviones más de lo que uno cree. De pronto me sentí ligero, preparado para hacer cualquier cosa. Lo que sería una noche corta ahora se presentaba con posibilidades.

(Música alegre. Ruidos e Imagen de la ciudad. Luces)

2. Miedo

(Imagen de la mansión de Leonardo)

LEONARDO: Llego a casa y compruebo que todo está bien. Las luces encendidas por el interruptor automático dan la idea de que la mansión no está sola. Siempre he pensado que se trata de un efecto más para mí que para los demás, porque esta casa no le teme a ladrones. Esta casa, de quien quiere defenderse, es del hombre que viaja en primera clase y que la ha dejado abandonada sin mujer, guacamayas, ni mascotas.

En uno de los garajes, Ignacio deja mi Mercedes S65 blindado, a prueba de balas y misil, arropado como una esposa que se ha quedado dormida durante todo mi viaje. Las llaves del agua están cerradas, los baños limpios, el jardín seco. Todavía arrojada sobre el sofá está la ropa que me cambié antes del viaje. Y las medias por el piso. Eso siempre me sorprende. Que al regresar todo se presenta congelado, como si la casa se hubiera quedado esperando por mí, refrigerada.

(RÍE) ¡En mis días de casado jamás me hubiera atrevido a dejar camisas y medias tiradas en medio de la sala!

Pero la verdad es que el desierto siempre ha sido lo mío. Cuando estoy solo, me encuentro. He vivido rodeado de tanta gente que ahora cuando entro a mi inmenso baño principal, grande como no hay otro en ningún hotel siete estrellas en los que también vivo, lo veo como si fuera un territorio conquistado por las fuerzas invencibles de la soledad.

Aquí, el divorciado en su desierto decide dónde va el cepillo de dientes, la pasta dental, si limpia o no los espejos. Donde antes había secadores de pelo, tintes, afeitadoras, y por lo menos cincuenta productos femeninos de marcas diferentes para las mismas cosas, ahora no queda ni rastro en esta catedral del hombre solo. El baño luce tan grande como la cocina, y tan vacío como si la casa estuviera en venta.

En fin, que esta casa semivacía mide mi paso por el tiempo.

Un vacío que está por cumplir un año. Diez meses, para ser exactos, desde aquel divorcio espectacular con fuegos artificiales y malas caras. Un divorcio que lo justificó todo pero con cierta calma homicida: cuchilladas en silencio, gritos amordazados, martillazos con almohadas, todo sin dejar marcas. Como para que lo vuelva a hacer.

(A UN ESPECTADOR) ¿Cómo lo vuelvo a hacer?

Pues lo principal es recordar que el odio tiene sus fans.

(OTRA IMAGEN DE MANSIÓN)

La casa me ha esperado, se ha portado bien, la verdad es que ella es ahora es mi única esposa: la casa esposa.

(COMO LA MANSIÓN) «Aquí estoy querido, nadie ha entrado en mí, te he sido fiel. Cuando no estás cierro las cortinas y me desaparezco. Nadie me ha visto y yo no hago otra cosa sino esperarte. Con polvo, insectos muertos, y suciedad, es verdad, pero sin cambios, con la misma cara de echarte de menos y cuerpo tibio oloroso a ti, como me dejaste. Que eso sí que sabes hacer bien, amor mío: dejar, abandonar, perderte».

Una casa esposa. ¿Acaso no serán el mismo concepto? Imagino que cuando repartamos los bienes tendré que mudarme, vender esta mansión, qué sé yo. Pero la casa-esposa, como la mujer-esposa, después de tanto tiempo y vida en común, se van. Y ambas queriéndome y odiándome de la misma manera, con la misma intimidación y la misma impunidad de siempre.

(BUSCA UNA CERVEZA, LA BEBE)

Desde aquí se ve la luz artificial de la ciudad, los árboles, y hasta las jaulas de las guacamayas. Menos mal y me deshice de esas bichas, porque con tanto viaje, ya estarían muertas por abandono. Además, eran muy escandalosas y yo prefiero el silencio. Oír la casa que no se queja, que no cuenta historias, que no grita, ni pelea a mordiscos, no agita las alas. Oírla respirar sin quitarme mis pensamientos.

(IMAGEN DE GUACAMAYAS)

Regalé los pajarracos estos como hice con todos mis amores. No las llamé más y ellas tampoco parecieron muy afectadas por eso. Admito que me

sorprendió su actitud tan desinteresada. Hicieron más ruido las guacamayas cuando se las llevaron a otra familia. Y tal vez para allá se fueron todas: guacamayas y cariños viven ahora en una gran casa con niños y jaulas muy limpias.

(RÍE) No sabes lo saludable que es contarse chistes cuando uno anda solo.

(IMAGEN DE MANSIÓN)

Por lo demás, aquí todo está en orden. Mis cuadros de galería, mis figuras de oro y plata, mis aparatos electrónicos carísimos que se pueden ver desde la ventana. Si lo quisieran, un par de ladrones pueden dejarme limpio en cuestión de minutos.

Pero a mí no me roban, no se atreven.

Quizás porque saben a lo que me dedico.

Aunque lo dudo, porque se trata de un secreto bien guardado. ¡Ni mis amores tenían idea! Algunos lo tratan como si fuera tráfico de drogas, que de verdad es un negocio intimidatorio. Pero si supieran cuál es realmente mi línea de trabajo temblarían porque mi oficio es de esos que obliga a los bandidos a mirar hacia otra casa, nunca a la mía.

No, no me roban. No a mí. No en esta ciudad ni en este país.

(SALE IMAGEN)

La idea de mi negocio vino con mi primera esposa, Fernanda. No por ella, sino por su hermano. Hay quien dice que me casé con ella solo por él, por Rafael González, el conocido locutor de la Radio Nacional especialista en música clásica y literatura.

Por esos días yo pensaba en libros, en escribir, en ser la consciencia de algo. Y bastó que una vez escuchara a Rafael hablando de lo sublime de la creación y de cómo la consecución de la belleza puede salvar al mundo, para que fuera corriendo hasta la estación a conocerlo.

Y en esa visita me presentó a Fernanda.

(FOTO FAMILIAR DE LA ÉPOCA)

Ya casados, y con Marianita de cuatro años, miraba con amargura las deudas que tenía mientras escuchaba el programa de mi cuñado Rafael.

(MÚSICA BAJA, CONCIERTO PARA CLARINETE K622, MOZART)

Ese día mi cuñado hablaba de Alfred Bernhard Nobel, un inventor y químico sueco nacido en Estocolmo. Un innovador que con sus empresas *Bofors* hizo una fortuna formidable con la que financió los Premios Nobel.

Entonces, Rafael leyó con mucha pasión los nombres de los escritores que habían ganado el premio, la mayoría de los cuales yo había leído con envidia. Rafael ensalzaba a esos escritores de una manera tan enardecida, tan apasionada, que de pronto me pareció oír, entre la lista de los Nobel de todos los tiempos, mi propio nombre: Leonardo Cabrera.

Pero el golpe llegó cuando mi cuñado hizo este comentario:

(COMO RAFAEL) «Este reconocimiento lo financió Alfred Nobel con su vocación: la dinamita. Nobel dedicó su vida al comercio de armas y *Bofors* fue una empresa destinada a la construcción de cañones y artefactos de destrucción. ¡Con la aniquilación de antes, hoy reconocemos la creación con el honor más grande que cualquier ser humano pueda soñar y bla bla bla...!»

Sí, mucho «bla bla», pero yo esa noche la pasé en vela.

Y así fue como, con mi *inspiración* recién llegada vía empresa dinamitera *Bofors*, declaré a la literatura como: (MOLESTO) *la pasión inservible, la furia relegada, la exaltación inútil*. Y con la literatura, también a mi familia, mi hija, y todo lo que yo había sido hasta ese momento.

Quiero decir que para mí, la pasión pasó a ser el Poder. El deseo de tenerlo todo y a todos. Y comprar respeto, como lo hizo Nobel.

Al día siguiente de mi *inspiración* inventé un viaje de negocios, me despedí de Fernanda y Mariana, y dejé a un lado todo mi sueño de escribir, ser reconocido y hasta de no morir. Lo mío fue, desde ese día, la dinamita.

Quince días después envié a mi primera esposa los papeles del divorcio. Y al mes ya estaba trabajando como vendedor simple, pero determinado, en una empresa que realizaba importaciones y envíos de pólvora, explosivos, armas, y todos sus luminosos derivados.

(SUENA TELÉFONO. SE ASUSTA. CESA LA MÚSICA. RESPONDE PERO CUELGAN. REVISAS LAS LLAMADAS)

VOCES EN OFF: «*Sr. Cabrera, lo llamo del Ministerio de Defensa...*» (CORTA LA LLAMADA. VOZ) «*Sr. Cabrera, somos la empresa...*» (CORTA LA LLAMADA. VOZ) «*Mister Cabrera, this is...*» (CORTA LA LLAMADA)

ISABEL: (*en off*) «¿Leo? Hola. ¿Te acuerdas de mí? Solo quería saber si estás ahí. Quisiera hablar contigo. Soy Isabel María Colmenares, la del Cine Carvajal».

(BAJO, MÚSICA INCIDENTAL DE TENSIÓN)

LEONARDO: (PETRIFICADO) ¿Isabel María? ¿Cuál Isabel María? En toda mi vida no he conocido a otra mujer con ese nombre, excepto aquella. Y si se trata de mi Isabel María, ¡vaya si es una llamada desde la distancia, desde la pre historia más bien! ¡O desde una época cuando aún no se había inventado la memoria! Una llamada de tan lejos que casi es del más allá.

(ANSIOSO) ¿Qué me sucede? Estoy nervioso. ¿Será por el muerto en el avión? Cuando me enteré del fallecido intenté dormir para calmarme. Puse la cabeza contra la ventanilla del avión, pensé en mis amores, y las conté como si fueran ovejas, comenzando con la primera, ella, Isabel María. Y mientras las recordaba, saltando una por una sobre una cerca como ovejitas de pradera suiza, la cuenta se me hizo angustiante. Con terror, me di cuenta de que no las recordaba a todas.

Entonces pensé en mi propia muerte. Clásico.

(MÚSICA NOBLE. IMAGEN DEL PUEBLO)

A Isabel María la conocí a mis doce años, durante mis escapadas al cine Carvajal. Ese era mi sitio favorito de la vida. Adoraba ese edificio y su olor. Nunca supe a qué olía pero no he podido olvidarlo.

Ese cine presentaba una función diaria de porno pero que era anunciada con otro título y pancarta, como si fuera una película normal. Así, la anunciada «La captura del Pelham uno, dos tres» sobre el secuestro del metro de Nueva York, era realmente la mexicana, «Niñeras Ardientes», película *clase ultra súper X* con sexo constante y sonante.

No, no era un secreto y a nadie parecía importarle. Mamá decía:

(SALE MÚSICA)

(COMO MADRE) «Por la televisión ve cosas horrendas. ¿qué puede ver ese niño en el cine que no haya visto en casa?»

Era verdad, aunque *las cosas horrendas* sucedían más en mi familia que en el cine o la tele: infidelidades entre tías y tíos; relaciones íntimas entre primos y hermanos. Y las armas que se encontraban en cualquier parte de la casa: en las gavetas de los cubiertos, en el comedor, sobre la tele. Un caos y arrebatos tan doméstico que siete veces al año convocaba en la puerta a todas las policías y ambulancias del pueblo.

(A UN ESPECTADOR) ¿Qué traumas puede causar todo eso a un niño? Ninguno. Ya vas a ver.

Cuando cumplí los cuatro años comencé a sufrir desvaríos y alucinaciones. Lo que soñaba en la noche lo contaba y vivía al día siguiente como si hubiera sucedido de verdad: mis vuelos por el pueblo; carreras con tigres; hombres que me perseguían; mi vida como abeja; los laberintos en los que me perdía. Y como lo contaba todo a mis padres, se les metió en la cabeza que su hijo de cuatro años debía tener problemas mentales.

Un sicólogo me hizo preguntas, no le gustaron mis respuestas, y recomendó que fuera internado en el Hospital Siquiátrico para Niños para hacerme pruebas y llenarme de medicamentos. En fin, fueron meses los que pasé atado a una cama en el hospital para niños locos. No, ningún trauma.

(IMAGEN DE LEONARDO JOVEN)

Cuando fui a la universidad estudié literatura buscando en ella una explicación a lo que me hicieron. Pero no encontré nada en las letras que ayudaran entender mi historia. Esa fue mi primera sospecha sobre la *pasión inservible, la furia relegada, la exaltación inútil*.

(MÚSICA NOBLE. IMAGEN CINE CARVAJAL)

Luego de mi época de niño conocedor de siquiátricos, conocí a Isabel María. Ella vivía en la misma calle del cine Carvajal. Luego, caminábamos al cine, no tomados de la mano, pero casi. Pasábamos frente a las sillas don-

de se reunían los vecinos a ver la gente y dispararles sus respectivos comentarios lapidarios.

(COMO VECINOS)

«Ahí va la Isabelita con el niño Cabrerita. Van a ver porno bañados en saliva y porquerías. No parecen niños sino animales en celo; los he visto con los culitos al aire; esos niños están abandonados por sus padres; van al cine de adultos a hacer marranadas o a que se las hagan a ellos. ¿Para donde van, niño Leonardo y niña Isabel María?»

(COMO NIÑO) «Vamos-al-cine, señora»

(COMO VECINA) «¿Y qué película van a ver?»

(COMO NIÑO) «*La captura del Pelham uno, dos, tres*»

Claro, no podía decir la verdad: que íbamos a ver una película de sexo mexicana prohibidísima. Y que si no estaba anunciada en la pancarta era para que no nos diera vergüenza a los que llenábamos las butacas. Hombres, niñas y niños seguidores del porno que nos acercábamos al cine con la frente en alto y las manos en los bolsillos, al ladito de lo único que de verdad prestamos atención en nuestras vidas.

Además ¿qué coño es un *Pelham*? ¿Y a quien le importa?

De todos modos yo preguntaba al portero del cine, por si acaso después pedían cuenta:

(COMO NIÑO) «Señor, ¿me puede decir qué es un *Pelham* y por qué son uno, dos y tres?»

Y de paso, quizás el portero podía decirme también de qué trataba la del día siguiente, anunciada como *La Mafia nunca perdona, nunca, nunca, nunca*, aunque en realidad se trataba de otra porno triple equis gringa con mucho que ver con el sexo oral.

(COMO NIÑO) «¿Y lo mostrarán todo? ¿Podremos ver los genitales masculinos completos como nos han prometido? Porque los de mujer sí que los hemos visto hasta la saciedad. Pero los de hombre, nada. Y yo estoy interesado. No por nada, solo para comparar. Me da dos entradas para hoy y mañana».

(COMO PORTERO) «Muy bien. Son cinco billetes».

(COMO NIÑO) «¡Coño, eso es muy caro, señor! ¡La ley dice que en estas porno los niños debemos pagar solo la mitad de precio!».

(A UN ESPECTADOR) Sí, búrlate, pero yo lo decía en serio.

(SUENA TELÉFONO. SALE MÚSICA. IMAGEN MANSIÓN)

VOZ ISABEL: «*Hola* otra vez. Soy Isabel María, “la del cine Carvajal”. ¿Me recuerdas? Quiero verte. Si quieres me puedes llamar a mi número..»

LEONARDO: ¡Sí, es ella! (RESPONDE) «Aló. ¿Isabel? Soy yo, Leonardo. ¿Cómo estás? Sí, tanto tiempo. Oye, ¿quieres venir para acá? Me refiero ahora mismo, ya. Es que viajo mucho y tengo poco tiempo. Estoy en mi casa, vivo solo... Estoy divorciado. Anda, vente, solo para hablar y contarnos la vida. (OYE) ¿Sí vienes? Magnífico. Te envío la dirección por mensaje».

(CUELGA) ¿Qué habrá hecho ella? Vamos, Google, rastrea. Aquí está: «Isabel María Colmenares actriz...» Hace teatro... Aquí está su foto... Coño. Sus ojos. ¡Está igualita!

(NERVIOSO DEJA EL TELÉFONO. MÚSICA TENSIÓN. CAMINA POR EL ESCENARIO. RUIDOS DE LA NOCHE)

Tengo miedo. Un miedo seco, opaco, nuevo, como una premonición fatal, como el que viene a recibir y no a traer. Un miedo sombrío, escalofriante, que te paraliza, como el que sientes cuando eres niño.

¿Por qué? Porque estoy seguro de que el mundo, tal y como lo conocemos, se acabará en el instante en que ella, mi Isabel María, la de mi primer beso, en unos minutos toque la puerta de esta casa.

¡Y en dos segundos me pulverice del terror!

(Sigue la música, luces)

3. Corazón

(Leonardo, asustado. Música tensa)

LEONARDO: (NERVIOSO) ¡Yo, que he vendido y comprado la destrucción a los peores! ¡Que he intimidado a políticos y traficantes; que he pagado comisiones a ejecutivos y criminales; que me he codeado con los administradores del infierno! ¡Que meto miedo a los que trafican con la vida de los demás! ¡Yo, demolidor de edificios, destructor de destructores, el que coloca dinamita, pólvora y explosivos en los espacios donde no quieres que esté! ¡El que impulsa el cañón que te persigue, la bala que lleva tu nombre, la lacrimógena que te silencia! ¡Yo, el antidisturbios, sin el que nadie se mueve, ni siquiera las almas en pena; el hombre que hace falta para asustar, el del producto más vendido, amado y armado! ¡Yo, que he probado la pólvora como si fuera un vino añejo, que la he escupido y comparado su sabor con árboles, flores y frutas! ¡Que hasta la he tragado, sí señor, y me ha caído maravillosamente bien en el estómago! ¡Este yo, el tipo necesario, que sin mí no es posible la selección natural del más cruel ni la supervivencia del más criminal! ¡Este súper yo, súper fiera aterrador, súper amante y súper monstruo, de repente estoy aquí, asustado, que me meo del miedo, solo porque ella está por llegar!

(SALE MÚSICA. SE CALMA)

¡Que no me encuentre tan desbocado! Si, soy un hombre solitario pero en control de mi abandono. Un tipo con vida desalmada pero dichoso de mi desamparo.

(TOCAN A LA PUERTA. SE ASUSTA)

ISABEL: *(en off)* «Leo, soy Isabel María. ¿Estás ahí?»

LEONARDO: (TEMBLANDO) ¡Ella! ¡Aquí! (ALTO) «¿Isabel María? ¿Eres tú?»

(ABRE LA PUERTA. MÚSICA. VEMOS UNA FIGURA DE MUJER. LUCES. LEONARDO SE DESVISTE LENTAMENTE. IMAGEN DE NIÑOS EN EL CINE Y PELÍCULAS PORNO. CUANDO REGRESAN LAS LUCES, LEONARDO ESTÁ SEMIDESNUDO. QUEDA IMAGEN DE CIUDAD AMANECIENDO)

Me desperté antes de que el reloj diera las seis de la mañana. Los lunes esta ciudad ofrece la luz del sol con dos horas de adelanto y esa es una de las cosas que más le agradezco; que se afinca en la mañana. Con su ruido y su sol, te despierta temprano con el mismo ritmo que tiene al mediodía, en la hora de mayor movimiento, contaminación y ruido.

Isabel María dormía a mi lado, cubierta solo por una sábana. Yo le había quitado todas las cobijas. Los viejos somos así, nos movemos como un tornado y nos enrollamos en lo que haya. Deben ser las pesadillas. Y la consciencia, que a los casi cincuenta años parece que son lo mismo.

Lo recuerdo todo: primero el beso. O los dos primeros besos. Y luego, más besos. Sin hablar comenzamos a desvestirnos como lo imaginamos desde que supimos que no podíamos olvidarnos. En la vida, esperando un avión, un taxi, bajando las escaleras, en el ascensor, en esos segundos apareció la idea de volver a vernos y en lo que sucedería en ese momento.

Por eso todo pareció ensayado, pero con verdad. Como en las porno del cine Carvajal, pero menos Leonardo y más Isabel María, porque ella tomó todas las decisiones con caricias aterradas, besos temblorosos, y el amor en vilo.

El sexo no fue como cuando jóvenes, claro que no. Más bien fue como si hubiéramos sido contratados para un trabajo en el que se sudaba y respiraba con mucho dolor. Como dos obreros condenados a construir, ladrillo a ladrillo, un muro enorme y difícil. Cada beso, cada contacto, cada lágrima, gritos, y jadeos eran como los ladrillos del muro. Cada momento un amante era borrado y un amor anterior tachado de nuestras listas.

Como si la cama estuviera ahí para darnos un certificado oficial para vivir comenzando de cero.

(EXPLOTA, ENCANTADO) ¡Volví a tener sexo de manera constante como cuando tenía todas mis fuerzas! Anoche, sin tomar ninguna píldora, me sentí con vigor. El médico me había advertido que el declive era normal a mi edad y que para eso estaban esas pastillas que solucionan cualquier incidente íntimo. ¡Pero con Isabel no las necesité!

Aunque tenemos casi la misma edad su cuerpo parecía mucho más joven. Y eso a pesar de todo lo que le ha sucedido en la vida, el teatro y la tele. Yo, que hago lo que hago, no he pasado ni por un cuarto de los peligros que ella ha vivido ni he conocido a las hienas y caimanes con los que se ha enfrentado. Si fuera cliente mía le vendo todas las armas que me pida y después salgo corriendo a esconderme.

(IMAGEN INTERIOR MANSIÓN)

Ella se levanta de la cama y se me acerca:

(COMO ISABEL) «Leo, hoy tengo trabajo. ¿me llevas a la estación de radio? Hay un casting que no me quiero perder».

«¿Llevarte? ¡Pero si no pienso despegarme de ti el resto de mi vida!»

No, claro que no digo eso. Más bien la beso sin que ella se haya lavado los dientes y le acaricio la espalda con delicadeza. Tomo las llaves del Mercedes Benz blindado, a prueba de balas y misiles pero no de Isabel María, y le digo: «La llevo a donde quiera, madame».

Ella se viste y arregla con una velocidad que nunca he visto en una mujer. «Debí casarme contigo», le digo en broma.

Ella asiente en serio.

Salimos por la puerta del garaje y nos volvemos a besar como si fuéramos una pareja que tiene muchos años viviendo juntos. Nos montamos en el Mercedes, de nuevo besándonos, y nos vamos a la estación de radio.

Durante el camino hablamos de la vida de otros Cabrerías y Colmenares: los matrimonios, los divorcios, abandonos, escándalos, hijos. Isabel María no ha tenido ninguno, en realidad nunca estuvo con nadie formal. Así dice. La edad de pronto la había alcanzado y ahora no cree que sea posible.

Pero se han dado casos, dice, guiñándome el ojo.

Llegamos y me invita a conocer el lugar. Entramos tomados de la mano. Ambos lo notamos pero ninguno de los dos quiere ser el primero en romper el encanto. Nos recibe una locutora, más bien *locutorita* muy joven sentada en las piernas de un señor muy mayor y muy bebido y muy en control de la *locutorita*.

(COMO ISABEL) «Ese es el Sr. Olberg. El dueño de la estación. Mi jefe»
Y pienso que así me gustaría ser a mí cuando tenga los años del viejo Olberg, con ese espíritu y esas ganas. Pero con Isabel a mi lado, trabajando para mí en el área íntima y sexual. ¿Aspiro a tener deseo a los 80 años? ¡Claro que sí! Porque para ese momento ya habrá una app en el teléfono que emitirá rayos y me hará sentir con un cuerpo de quinceañero.

Sin importar que nos están viendo, nos besamos. Un tipo, un tal Ramón, se acerca y le da un abrazo a Isabel María que resulta demasiado amigable. Los miro con sospecha pero no hago preguntas. El Ramón la vuelve a abrazar y le da un beso que no es en la boca porque ella lo impidió.

(COMO ISABEL) «Te presento a Ramón Olberg, hijo del dueño».

Sí, el Ramoncito Olbercito. Yo lo saludo como siempre hago con la gente que desprecio: digo su nombre como si no me importara y extendiendo la mano mostrando mi reloj Hublot Classic Haute que cuesta unos ochocientos mil dólares. Y así, todas las cosas y personas en su sitio. Tú actorcito de estacioncita de radio de tu papi. Yo, multimillonario que puedo comprar este negocio unas siete veces hoy mismo con lo que traigo en la cartera. Y a ella, a ella también. Por algo te quitó los labios. Y me haces el favor y te me esfumas, Ramoncito de mierda, porque Isabel María es mía y lo ha sido siempre. ¿O prefieres que te mande a mis amigos militares para que te den un paseíto por el mar?

Todo eso lo resumí en la frase: «un gusto conocerlo, señor Olberg». Y una sonrisa. Aunque sí le mostré el Hublot Classic dos veces, como perro que delimita su territorio para que los demás cuadrúpedos Olbergs entiendan bien quién soy yo y no se equivoquen.

Cuando Isabel sale de su audición nos besamos. De pronto siento un mareo.

(SE JUSTIFICA) «Es que en mi vuelo de ayer venía un hombre muerto. Falleció en clase turista, y para colmo iba solo. Y no sé porqué, eso me ha afectado el ánimo desde que llegué...».

Ella, automática, me da un par de cristalitos desteñidos. Deben ser un tipo de sal de fruta sólida, pienso. Cuando me las voy a comer, ella me hace la señal de que es por la nariz.

Así lo hago. Y entonces paso a ser otro.

(TROZOS DE MÚSICA DE RADIO, ALTA. LUCES. RUIDO E IMÁGENES DE CIUDAD LOCA. FOTOS DE LEONARDO FUERA DE CONTROL DENTRO DEL CARRO. CANTA CANCIONES O MÁS BIEN LAS GRITA)

¡Recobro la conciencia! ¡Voy de pasajero en mi Mercedes Benz rodando por las calles! ¡Ni siquiera reconozco al tipo que lleva el volante! ¡Y me asombra que no me importe! ¡Yo voy eufórico, lleno de vida, como un adolescente, y tengo una erección de puta madre, una tiesura consistente y severa como nunca la he tenido en mi putísima vida!

(CAMBIA LAS ESTACIONES DE RADIO)

¡Me sé todas las letras de todo lo que suena, en el idioma que sea!

(LAS CANTA EN IDIOMAS INSÓLITOS) «¡Miren, este bolero se los voy a traducir al mismo tiempo al japonés y al latín!

(¡LO HACE!)

«¡Isabel María! ¡Ven! ¡Canta conmigo! ¡Vente con esa *locutorita* que también está para comérsela! ¡Y sigan bebiendo, fumando, cantando! ¡Ustedes son lo que yo debería ser: otra vez joven, como hoy: ¡un chamo más!!»

¡Isabel María me besa con lujuria y me dice...!

(COMO ISABEL) «Todo es tuyo. Yo soy tuya, esta *locutorita* es tuya, y esta ciudad es tuya. Hacemos lo que digas. ¿Quieres más?»

«¡Lo que yo quiero son más besos tuyos y que te arrodilles y me des un poco de sexo oral, porque mira que tengo el miembro como un asta de bandera! ¡Y si no hacemos algo se me irá disparado como un cohete espacial, con humo, fuego y ruido!

(MÚSICA ALTA, LUEGO BAJA, LEONARDO SE DEPRIME)

Se me está pasando, Isabel. ¿Tienes más de ese polvillo cristalizado?

(RECIBE UNA BOLSITA DE PLÁSTICO)

¿Qué es? ¿Algún tipo de cocaína? ¿No es?»

No es. Entonces aspiro contento.

(SUBE LA MÚSICA)

Al principio no siento ningún ardor en la nariz, pero de nuevo regresa la erección. La *locutorita* se pasa a mi lado y comienza a bajarme la cremallera mientras Isabel María me besa, embrujada. ¡Siento que su lengua me pasa al esófago y se dirige hacia los pulmones! ¡Entonces me revienta el efecto!

(MÚSICA ALTA)

¡Una onda de energía se apodera de mí! ¡Y a pesar de todo el sexo que he tenido, aún lo tengo erecto! ¡Y con más ganas! ¿Será un nuevo tipo de Viagra que yo no conozco, uno Premium, Gold, Platinum Cristal? ¡Sí, el efecto es el mismo pero la felicidad y lo bien que se siente son otra cosa!

¡Lo que sea, el caso es que por ahí voy, en mi Mercedes, teniendo mucho sexo y sin parar de cantar y hablar!

(FUERA DE SÍ) ¡A todos les cuento mis historias dinamita, mis divorcios, viajes, amigos y amantes que tengo por todo el mundo! ¡Les cuento todo pero en control absoluto de mi mente! ¡Tanto, que puedo ver cómo una de mis neuronas se abre, cuenta un recuerdo, se despide con un emoji feliz, y la neurona se vuelve a cerrar!

(MÚSICA. HUELE MÁS CRISTAL. CANTA)

¡No tengo que tener cuidado de nada! ¡No tengo que preocuparme por nada! ¡No hay excesos, solo hay vida! ¡Así, así me quiero morir, en medio de este mundo del absoluto descontrol!

(RUIDO DE CARRO QUE SE DETIENE. BAJA LA MÚSICA)

De repente, nos detenemos. La *locutorita* sale del carro y se despide de todos como si aquello hubiera sido un aventón normal común y corriente. Yo lo lamento y ya me empieza la tristeza pero Isabel me ofrece más del polvo de cristal y una esperanza.

(COMO ISABEL) «No te preocupes. Vamos hasta el teatro y allá nos espera una amiga que te alumbrará. ¡Y es más joven que la *locutorita*!».

(GRITANDO) «¡No joda, si es así, nos vamos al teatro! ¡El teatro es cultura!»

¡Y de un coñazo aspiro más cantidad de cristales! (LO HACE) ¡Y me siento contento, encantado y encantador, con mis capacidades intactas! La erección siempre presente, no lo duden, incluso hasta cuando el Ramón se me acercó.

Pero yo lo miré, repetí su nombre y le mostré mi reloj. Le grité: «¡Zape perro!»
Y desistió.

(IMAGEN TEATRO. BAJA LA MÚSICA)

Llegamos al teatro. Ahí nos espera la amiga. Apenas se ve. Nos detenemos frente a la joven que de inmediato abre la puerta de atrás y se lanza dentro del vehículo. Isabel María le dice:

(COMO ISABEL) «Te presento a Leonardo. Haz con él lo que quieras. Le gustan mucho las jovencitas porque él todavía es un niño de doce años que vive viendo películas porno en el cine Carvajal».

La jovencita me miró. Y la reconocí.

MARIANA: (*en off*) ¿Papá?

«¿Mariana?»

(MÚSICA. K 466. RUIDO DE CORAZÓN AMPLIFICADO. LUCES)

¡Siento un peligroso ritmo en el corazón, terrible, como si me estuviera lanzando por un pésimo viaje!

(TIEMBLA)

¡Me derrumbo, me derrumbo! Pero Mariana está en éxtasis, se ríe, pega gritos, como si mi efecto del cristal blanco me hubiera abandonado y se hubiera ido con ella.

MARIANA: (*en off*) «¡Es mi papá! ¡El hombre dinamita! ¿Quieres tener sexo conmigo, papi?»

(LEONARDO VA COMO LOCO POR TODO EL ESCENARIO)

¡Se me salen las lágrimas! ¡Tengo el corazón enloquecido, los pulmones agarrados, la vista turbia y los huesos lacerados! ¡Me duele el abdomen, no controlo los esfínteres, estoy como pasajero clase turista a punto de sufrir un ataque al corazón en pleno vuelo; como si hubiera comido pólvora caduca, mohosa, encendida; como si hubiera sido expuesto a un tipo de radiación urgente y letal capaz de ir apagando uno por uno todos mis órganos en cuestión de minutos!

(PERDIENDO EL CONTROL)

«¿Qué tomamos, Isabel? ¿Qué droga es esa?»

(COMO ISABEL) «Nada peligroso, Leonardo. Es anfetaminas. MDVP, catinona y cristales de sales para baño. Es la droga caníbal».

(LEONARDO GRITA, DESGARRADO)

¡Caníbal !¡Coñoooooo!

(SONIDO DE CORAZÓN Y MÚSICA ALTA. REPIQUE DE TELÉFONOS. VOCES. IMÁGENES DE OJOS QUE PARPADEAN. RUIDO DE SIRENAS QUE SE ACERCAN. VOCES. IMÁGENES Y SONIDOS DE PELÍCULA VIEJA Y MÁS SIRENAS QUE SE ACERCAN, ENFERMEROS QUE GRITAN SU NOMBRE)

VOZ: (*en off*) «¡Sr Cabrera! ¡Somos de la ambulancia!»

(DE PRONTO, LOS RUIDOS COMIENZAN A BAJAR. UNA LUZ BLANCA ENCEGUECE A TODOS LOS ESPECTADORES. PAUSA. SALE LA MÚSICA. SONIDOS DE HOSPITAL. LUZ SOBRE LEONARDO)

LEONARDO: (CALMADO) «¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?»

VOZ DE DOCTOR: (*en off*) «Sr. Cabrera, usted tuvo un ataque al corazón. Vamos a intervenirlo de urgencia. Le colocaremos una válvula de grafito. Y un marcapasos. No se preocupe, nuestro pronóstico es que se recuperará pronto. Ahora lo vamos a dormir y cuando despierte, estará como nuevo. ¡Ah, por cierto! ¡¡¡Feliz cumpleaños número 50!!!»

(LE CANTAN UN FELIZ CUMPLEAÑOS ENTRE MACABRO Y SOSO. MÚSICA. LATIDO DE CORAZÓN. RUIDO DE HOSPITAL. LUEGO, SOLO SONIDOS DE LOS APARATOS QUE CONTROLAN SIGNOS VITALES)

PELÍCULA: (*en off*) «Cuatro hombres armados secuestran un vagón del metro de Nueva York. Suspense, crimen: La captura del Pelham uno, dos tres».

LEONARDO: (TRANQUILO, INOCENTE) Pero esa no es la que vamos a ver. Será una porno. La del taxista, las niñeras ardientes y los niños viéndolo todo.

(Leonardo, finalmente, cae. Música tema)

4. Mercenario lírico

(Luces. Leonardo comienza a vestirse, ropa formal. A un lado maletín y libro)

LEONARDO: (GRITA) ¡Gasterópodo!

(RÍE. LUEGO, EJECUTIVO, SE REVISA)

Deja ver si lo llevo todo. Pasaje Frankfurt. Pasaporte uno. Pasaporte dos. Pasaporte tres. Cartas oficiales. Cuentas bancarias. Lista material antidisturbios. Pertrechos. Lista municiones de guerra. Pastillas Rivotril de 2mg.

(TOMA EL LIBRO)

Balística, poemas de Billy Collins.

(RÍE) Sí, soy un mercenario que lee poemas. Es que uno no se puede presentar a comprar explosivos por el mundo sin una buena dosis de lírica actual.

(RUIDOS DE PÁJAROS)

Lo primero que hice esta mañana fue asomarme por la ventana y ver los árboles y las nubes. Y pensé: ¿Les di de comer a las nuevas guacamayas? Si no, imagino que ellas sabrán qué hacer. Igual, se escapan cada vez que quieren.

(ALTO) «¡Ignacio! ¡Vamos al Aeropuerto Internacional! ¡Termino de revisar los mensajes y nos vamos!»

(REVISA LLAMADAS. VOCES EN OFF)

«Sr. Cabrera, lo llamo del Ministerio de Defensa...»

(CORTA. VOZ) «Sr. Cabrera, somos la empresa...»

(CORTA. VOZ) «Mister Cabrera, this is...»

LEONARDO: ¿Cómo es que mis mensajes son siempre los mismos? ¿Serán también los mismos del hombre que murió en mi último viaje? ¿Quién se ocupa de los mensajes que reciben los que han fallecido? No, no estoy pensando en fallecidos en mi vuelo de hoy. ¿Cuál es la probabilidad de repetir dos muertos en dos vuelos seguidos? Por lo menos ahora viajo en Lufthansa y seguro que los alemanes no permiten muertos en clase turista.

(TOMA SU MALETÍN)

Muy bien, estoy listo.

(SE TOCA EL PECHO)

¡Mi nueva válvula de grafito trabaja como un reloj! No, ya no tengo ansiedad, ni desvaríos, ni sueños. Lo real y lo maravilloso cada uno está en su sitio.

(ESTÁ LISTO PARA SALIR. PERO DEJA CAER EL LIBRO Y APARECEN IMÁGENES Y SONIDOS DE PELÍCULA, RUIDO DE SIRENAS A LO LEJOS, GENTE QUE GRITA SU NOMBRE, QUE CANTA FELIZ CUMPLEAÑOS, LATIDOS DE CORAZÓN Y DE APARATOS QUE CONTROLAN SIGNOS VITALES. CARRUSEL DE IMÁGENES QUE HEMOS VISTO EN TODA LA OBRA.)

¡Oh, oh! ¿Como que vamos otra vez?

(SE TOCA EL PECHO)

¡Es mi corazón accidental! ¡De repente la válvula de grafito se ha vuelto de carbono, nitrógeno, uranio, o uno de esos elementos de la tabla periódica que andan muy abajo y que son tan destructivos que llevan nombre de doctor loco! ¡Quién me manda a recordar, nada menos que antes de un viaje, al muerto clase turista! ¡Necesito maniobras evasivas!

(VA AL LIBRO PERO NO LO TOMA. CITA DE MEMORIA, AL PÚBLICO. MÚSICA NOBLE, K622)

*Crecí escondiéndome de los otros niños.
me ocultaba detrás de libros,
casi siempre dentro de una enciclopedia.
Quizás por eso, lo primero que hice esta mañana,
Fue asomarme por la ventana del dormitorio,
Y ver los árboles solidos, y las nubes grises y bajas,
Y pronuncié en voz alta la palabra «gasterópodo»,
y sin tener idea de lo que significaba
bajé a consultarlo con el diccionario
y luego me oculté en el bosque.*

(DÁNDOSE CUENTA) Eso. Ser lo que era. Regresar a...

(RECUERDA) *La pasión que sirve para todo, la furia desatada, la exaltación preciosa.*

(DEJA EL MALETÍN, TOMA EL LIBRO. CESAN IMÁGENES Y SONIDOS)

LEONARDO: (DECIDIDO, ENCANTADO) «¡Ignacio...! ¡Olvida el aeropuerto internacional! ¡Vamos al Nacional! ¡Hoy me voy a otro lugar!»

(MÚSICA. CARRUSEL DE IMÁGENES HERMOSAS DE PUEBLOS Y CAMPESINOS. UNA IMAGEN DE PUEBLO QUEDA DETENIDA)

LEONARDO: El viaje desde el aeropuerto más cercano hasta mi pueblo es de casi dos horas. Apenas comenzamos el camino recuerdo lo mucho que me molesta esta carretera sinuosa, esas cabras de monte realengas, y esos campesinos que se montan sobre el asfalto pensando que son inmunes a los arrollamientos.

Para colmo, es un camino angosto y nos toca estar más de veinte minutos detrás de un camión de caña de azúcar que, en cada vuelta, deja caer palos y hojas frente a mi taxi.

Cuando bordeamos los límites del pueblo, le pido al conductor que me lleve hasta la calle 22.

(IMAGEN DE EDIFICIO) Ahí está ese edificio enorme abandonado que parece un resort para fantasmas o una pajarera para espíritus, rodeado de cactus y cadillos y desierto. No, ya no es un siquiátrico para niños locos.

«¿A dónde irán ahora los niños que han perdido la razón?» le pregunto al taxista. Él no se sorprende. Al parecer, otros turistas le han hecho la misma pregunta.

(COMO TAXISTA) «Señor, muchos vienen de visita al pueblo sólo para acercarse a este hospital y verlo de lejos. Y como usted dice, aquí tuvieron internados niños porque los consideraron locos».

Aquellos niños, ahora hombres destrozados, regresábamos.

¡Quién sabe si porque necesitamos recordar lo que nos sucedió, o para ver de lejos este infierno que llevamos dentro con la esperanza de que así no se vea tan feo!

(MÚSICA. IMAGEN DENTRO DE HOSPITAL)

Paso casi una hora ahí, viéndolo, sin moverme. El taxista se ha quedado dentro de su carro, está entrenado a no ver. Tal vez he llorado, no lo sé. No por el hospital abandonado, ni siquiera por lo que sucedió ahí, sino más bien por lo que ha sido toda mi vida desde ese edificio para niños desamparados hasta

hoy. La vida cincuentenaria de este dinamitero sin ganas, que no ha dejado de tener miedo.

(SE SECA LAS LÁGRIMAS)

Cuando ya estoy seguro de no volver a ver ese edificio nunca más, le pido al taxista que me deje en la calle principal.

(IMAGEN DEL PUEBLO)

Llegamos rápido, unos minutos. Le pago y agrego una propina de fantasía. El taxista no lo puede creer y me pregunta si estoy seguro. Me provoca decirle que no, pero que igual estoy loco, así que...

(IMAGEN CALLE DE PUEBLO)

La calle principal está sola. Camino por el borde derecho viendo las casas y las reconozco; son las mismas que estaban durante mi niñez. Una señora me ve y me saluda sin reconocermé. Paso frente a las sillas de las vecinas que critican a todos los que caminan por ahí. ¡Paso rápido! No sea que las vecinas salgan y comiencen a criticar mi vida. Y yo, para que me saquen los trapos, ya no ando. Ni tengo corazón de verdad, sino más bien una cosa mineral que apenas funciona. Además, dudo que me queden trapos qué sacar.

(IMAGEN DEL CINE CARVAJAL)

Entonces, lo veo. Ahí está. Mi Cine Carvajal. Lo que en mi época fue una gran instalación gris y azul, hoy florece un bingo multicolor con dos portones dorados, adornado con neones y fotos de cantantes cutre. Y si bien han cambiado la fachada, el Carvajal es el mismo edificio que yo conocí cuando funcionaba como sala de proyecciones.

De inmediato percibo su aroma, ese que nunca he logrado definir, pero que es el mismo que ha tenido siempre y que evoca mi emoción de niño cuando iba al cine a ver películas porno.

(MÚSICA: CONCIERTO PARA CLARINETE K622. SE EMOCIONA)

¡Un grupo de personas muy contentas se aglomeran en la puerta del bingo!
¡Niños, adultos, gente mayor, hombres y mujeres esperan que alguien se levante de una de las mesas para que ellos puedan entrar!

(RÍE)

Tal cual: de nuevo, los niños tienen puerta franca en sitios que por ley deberían tener prohibidos.

Me entretengo viendo a la gente que entra y sale encantada por las puertas del Carvajal. Me asombra su alegría tan lanzada y pienso que no era así cuando el edificio tenía rejas oxidadas en vez de puertas radiantes y funcionaba como cine porno. Sí, en aquella época había también mucho entusiasmo, pero no tanta alegría.

(OYE A UN ESPECTADOR) ¿Que entre? No, yo no tengo ninguna intención de conocer el bingo por dentro. Lo mío es estar aquí, viendo el cine por fuera, oliéndolo sin saber a qué huele, y esperando a que termine de hacerse de noche para irme a dormir. Mañana, volver. ¿A dónde?

Por lo pronto a mis libros de poemas. Luego, ya veré.

(VE ALGO INTERESANTE. RECONOCE A ALGUIEN. NO LO CREE)

¿Qué? ¿Quién es ese? Pero... ¿Quién es? ¿Él? ¿Puede ser? ¿Será posible? ¡Tengo que acercarme para verlo mejor porque no lo puedo creer!

(SE DA CUENTA) ¡Sí! ¡!!!Es él!!!! ¡!!!Y va con lo que parece es su familia!!! Pero... ¿Cómo puede estar en el bingo, riendo y abrazando personas como si él fuera un tipo cualquiera? ¿Qué hace aquí ese hombre de negocios? ¿Y cómo es que anda por aquí con tan buen ánimo si tiene casi cuatro meses muerto desde que lo encontraron con el corazón roto en la clase turista?

(LE HACE SEÑALES PARA QUE LO VEA)

«¡Ey! ¡Ey, tú! ¡Muerto clase turista! ¡Soy yo! ¡Iba en el mismo vuelo que tú desde....! ¿No me reconoces? ¿Qué haces aquí? ¡Ey! ¿Sabes quién soy?»

(LO VE IRSE)

No, el muerto, que ya no está tan muerto, no me reconoce.

Y yo, la verdad, tampoco me reconozco. Y ni siquiera me hace falta.

(SUSPIRA. SE DA CUENTA)

¡El olor! ¡Ya sé a qué huele el cine Carvajal! ¡Eso era, su aroma es el mismo! ¡Apostaría a que sabe igual!

(PASA EL DEDO SOBRE LA PARED. LO PRUEBA)

Tal cual: como huele, sabe. El cine sabe a pólvora. Huele a explosivos. Como aquella dinamita que una vez tuve que probar y que, reconozco, no me molestó su sabor.

Más bien me encantó.

(IMAGEN UNA PAREJA DE NIÑOS AGARRADOS DE LA MANO, ENTRANDO AL CINE. OÍMOS ANUNCIO DE PELÍCULA VIEJA)

VOZ: «Esta noche, en el Cine Carvajal, las bandas de Brooklin luchan por el control de la zona. ¡Estreno! La mafia nunca perdona, nunca, nunca, nunca...»

(Oscuro)